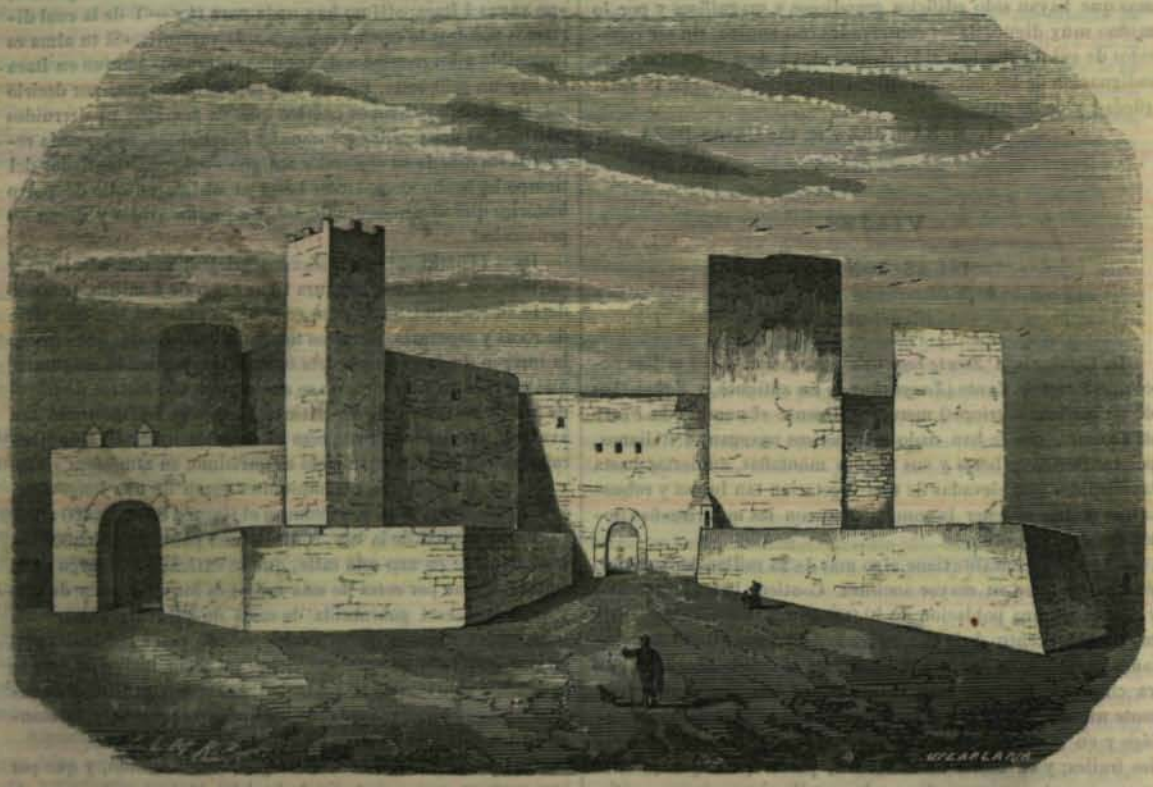

EL CASTILLO DE BAENA.

Esta villa, distante ocho leguas de su capital Córdoba, está situada por la mayor parte en la pendiente septentrional de un elevado cerro, siendo muy corta la poblacion que por los demas lados se extiende.

Resolver cuál fuese su nombre en los tiempos antiguos ofrece no poca dificultad. Algunos han escrito que fué fundada por los túrdulos, los cuales le dieron el nombre de Mértola; pero sin alegar fundamento alguno. Otros han querido que fuese la Julia Myrtilis de Pomponio Mela, apoyados en que Oliverio, en las anotaciones de este cosmógrafo, dice que Myrtilis es Baena; pero lo cierto es que la Myrtilis de Mela corresponde á la Lusitania. Unos se han figurado que es la Castra Vinaria de Plinio; otros pretenden que se llamó Virtus Julia. El Sr. Cortés en su Diccionario geográfico quiere que Baena sea la Baniana ó Biniana que pone Tolomeo en la region de los túrdulos, acaso llevado principalmente de la semejanza del nombre. Suponen otros que fué la Regia Latinorum de Plinio, de que dicen hace mencion en el cap. 1.°, del lib. 3.°, y que la repobló Julio César dándole el sobrenombre de Julia; mas es lo cierto que en las ediciones de Plinio que hemos visto no se menciona tal Regia Latinorum; leyéndose únicamente en el lugar citado lo siguiente: «gaditani conventus civium romanorum Regina, Latinorum Lacipia, Ulia etc.» Ignoramos si se encontrará en otras ediciones diversa leccion, pues esta no solo pone Regina en lugar de Regia, sino que, como se ve, separa la palabra Latinorum. Pero á falta de este apoyo tenemos el de Lucio Marineo Sículo, que en el libro 2.° de rebus Hispaniæ memorabilibus, hace memoria de una inscripcion hallada en Baena con el nombre de Julia Regia: «nobis occurrunt, dice, Vahenenses quorum patria Julia Regia dici potest ex antigua inscriptione in eo loco reperta.» Si damos fé al testimonio de este distinguido escritor, habremos de reconocer en Baena esta antigua poblacion. El sobrenombre de Julia, si no se le impuso Julio César porque la repobló, acaso se le diese por haber sido una de las poblaciones inmediatas á Atubi, Axegua, Ulia y otros en que logró victorias de los pompeyanos, á que le debieron ayudar los de Regia. Si este fué el nombre que tuvo en tiempo de los romanos, ¿de dónde le viene el actual nombre de Baena? Dicen que ocupada la poblacion por los árabes, á la parte principal llamaron, segun acostumbraban, Almedina, y al resto mas bajo, como arrabal, dieron el nombre de *Beuna*, palabra á que atribuyen la significacion de *mercado;* mas acaso no indique otra cosa que *constructor* ó *arquitecto*, y ni lo uno ni lo otro parece pueda tener relacion con la parte baja de esta villa.

Lo que no podemos dudar es su mucha antigüedad, y que desde los tiempos mas remotos debió existir allí alguna fortaleza, como lo indica su elevada posicion; y así es que el cerro que ocupa estuvo ceñido de una doble muralla: la interior fortalecida á trechos de torres, muchas de las cuales existen todavía, especialmente por la parte del Sur, como asimismo la exterior que parece ocupar el sitio de la barbacana.

El castillo, aunque haya sufrido las alteraciones que son consiguientes á las diversas épocas por que ha pasado, debió ocupar el mismo sitio, que es lo mas eminente de la villa. Los árabes le hubieron de reedificar, y es muy probable fuese ampliado por sus primeros señores de la casa de Córdoba, los cuales y sus sucesores habitaron en él.

Por el año de 1483 hallándose el conde de Cabra en este castillo, se trasladó á él la reina Doña Isabel acompañada del príncipe D. Juan, la infanta Doña Isabel y el gran cardenal de España D. Pedro Gonzalez de Mendoza, y el rey pasó á Alcalá la Real para hacer tala en el reino de Granada.

En el dia sirve de palacio donde mora el contador del estado y otros dependientes de la casa del duque de Baena. Hay en él espaciosas habitaciones y graneros. Rodéanle siete torres: las cuatro se nombran de los habitantes porque pertenecen á los departamentos de estos, y las otras tres la del secreto, la de los escabeles y la de las arguenas, que es hermosa y fuerte.

El conservarse esta fortaleza en buen estado se debe sin duda á haberla primero habitado sus dueños, y despues los adminis-

tradores del estado; pues las que no han tenido esta suerte, por mas que hayan sido edificios grandiosos y magníficos y por lo mismo muy dignos de ser conservados con esmero, sin ser conocidos de sus dueños han sido destrozados y demolidos con justa indignacion de las personas entendidas apreciadoras de la antigüedad y de las artes.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

VIAJES.

ISLAS JONICAS.

(Conclusion.)

De Cefalonia á *Zante* hay una navegacion de 25 millas poco mas ó menos. Zante (*Zacynthus* de los antiguos, y *Zakunthos* de los modernos griegos) merece realmente el nombre de *Fiore di Levante*, que le han dado los poéticos navegantes italianos, por sus floridas riberas y sus fértiles montañas, cubiertas hasta las cúspides mas elevadas de una vegetacion tan lujosa y robusta que podria sostener la comparacion con las mas risueñas comarcas del viejo-mundo.

Esta flor de Levante tiene algo mas de 25 millas de longitud, y cerca de 12 en su mayor anchura. Contiene hasta 18 pueblos y aldeas con una poblacion de 40,000 almas. Un valle amenísimo ocupa el centro de la isla, rodeado de dos cordilleras de montañas paralelas; en la línea del Este está el monte *Skopo*, en cuya cima hay un convento habitado por una comunidad bastante numerosa. En Zante como en las demas islas del archipiélago y en el continente griego, son muy respetados y queridos los frailes; y en honor de la verdad, por lo poco que de ellos conocemos, los creemos dignos de aquella veneracion y cariño. La ciudad capital, que lleva el mismo nombre de la isla, es la mas grande y poblada del archipiélago jónico. — Se extiende por mas de una milla á lo largo de la costa elíptica que forma su soberbia bahía. — A su espalda se levantan como para servirle de gigantesco muro una cadena de altas montañas casi perpendiculares, á excepcion de un corto espacio descubierto que parece la puerta de una extensa llanura cubierta en totalidad de viñas, cuyo fruto es la célebre uva con la cual se hacen las pasas llamadas de Corinto, tan estimadas en Inglaterra y en todo el norte de Europa.

Las calles de Zante son por lo comun estrechas; pero mejor construidas y mas limpias que las de Corfú; las casas son al estilo italiano, y sus numerosas iglesias están ricamente adornadas de dorados y esculturas, lujo desconocido casi absolutamente en aquellas comarcas. — La de S. Dionisio, patron de la isla, es la mas bella é importante. Zante es sede episcopal del culto católico romano, y posee una iglesia de dicha religion, aunque el número de los fieles es muy limitado; pero en cambio no hay ni una capilla, ni siquiera un ministro protestante para la guarnicion y los numerosos súbditos ingleses establecidos allí. — En estos últimos años se ha fundado por suscriciones voluntarias una escuela *lancasteriana*, en la cual aprenden á leer y escribir el griego moderno, el inglés y el italiano hasta 60 niños de ambos sexos.

Ademas de las iglesias posee Zante un monumento ejecutado en Roma, y erigido á la memoria de Sir M. Maitland, el cual está situado en una de sus plazas que da al mar, y sirve de paseo al público zantiota. La figura del protagonista es bellísima; y las tres que adornan la base, que representan á Minerva protegiendo á la inocencia y desenmascarando al vicio, son de lo mas acabado y perfecto que hemos visto en este género.

Todas las islas jónicas están sujetas cuál mas, cuál menos á temblores de tierra; pero en Zante es extremada esta calamidad, puesto que apenas pasa una semana sin sentir alguna sacudida.

Hénos, por fin, divisando desde lejos las áridas riberas de la patria de Ulyses, de aquella Itaca tan celebrada por Homero, y de la cual ha dicho un poeta célebre de nuestros tiempos: «Viajero, si tu alma es insensible á las bellezas de la antigüedad, »no vayas á Itaca; allí no hay nada para tí.» — Y de la cual diriamos nosotros lo mismo con esta sola variante: «Si tu alma es insensible á los recuerdos de los dias antiguos;» porque en Itaca no hay un solo resto, no hay una piedra que ligue, por decirlo así, los actuales tiempos con los que ya pasaron; ni derruidos pórticos, ni destrozadas columnas ó basamentos, nada, nada recuerda los dias de su esplendor antiguo. — ¡El soplo asolador del tiempo ha hecho desaparecer hasta el último puñado de polvo histórico que se arremolinaba sobre aquellos áridos y desnudos peñascales!

Itaca (Thiaki de los modernos griegos) es una isla larga y estrecha; en su mayor anchura tiene cerca de 4 millas, pasando de 18 su longitud. Su aspecto general no presenta sino una serie de rocas y asperezas, de secos torrentes y quebradas que ofrecen la imágen de la mas completa esterilidad; pudiendo asegurarse que en toda su superficie no se encuentran 100 metros de terreno unido y llano; pero la naturaleza que se ha mostrado tan avara de sus dones con respecto al suelo de Itaca, ha sido liberal para con su clima: su cielo es purísimo; su atmósfera dulce y serena; de modo que sus habitantes gozan de una longevidad envidiable, siendo allí muy comun el llegar á 80, 90 y 100 años.

Vathi, capital de la isla, contiene una poblacion de 2,500 almas. Consiste en una sola calle, que se extiende á lo largo de la orilla del mar por cerca de una milla; es muy limpia y de uno y otro lado está guarnecida de casas de piedra regularmente construidas, muchas de las cuales podrian pasar por bellas aun en nuestras ciudades europeas. Sobre un plano inclinado, que se extiende á espaldas de la poblacion, vense una multitud de casitas blanquísimas, rodeadas de jardines y bosquecillos, formando en totalidad un risueño y agradabilísimo cuadro.

Una de las diversiones mas originales del mundo, y que por otra parte es comun á varias de las islas jónicas, es la *pesca de las golondrinas*. Nosotros la vimos en Zante y en Itaca, y no podemos resistir á la tentacion de dar aquí una idea de ella á nuestros lectores. He aquí el modo de hacerla: se colocan cañas como las que se usan para pescar en lo alto de las casas y en los campanarios de las iglesias; á la extremidad de la línea ó cordel se ponen unas moscas gigantescas que abundan en aquel suelo, las cuales ocultan un pequeño anzuelo; el aire bastante vivo en aquellas alturas hace revolotear las moscas, y las golondrinas atraidas por la vida aparente de aquellos insectos les dan caza, encontrándose luego cogidas por el anzuelo.

Cérigo, es la mas meridional de las islas jónicas, y está situada á la embocadura del archipiélago, separándola no breve distancia de las demas. Desde Zante á Cérigo se navega á lo largo de las risueñas costas del Peloponeso; se pasa por delante de *Navarino*, teatro del célebre combate que lleva su nombre; ó igualmente *Coron* y su vasto golfo se desvanecen como una sombra fugaz á los ojos del viajero, antes de llegar á *Kapsali* (san Nicolás), capital de la isla. La ciudad no encierra nada que pueda llamar la atencion; ni en toda la extension de la isla, que será de mas de 20 millas de longitud por 12 de anchura, se encuentra cosa que indemnice al viajero de los gastos y fatigas del viaje. Y sin embargo esta misma *Cérigo* es la antigua *Cytheres* ó *Cythera*, tan famosa en la antigüedad mitológica por haber sido la mansion favorita de Venus y la cuna de la hermosa Helena, tan fatal á los troyanos. Si en aquellos tiempos estaba tan desierta Cytheres como al presente, maldita la necesidad que habia de que interviniese la liviana diosa en el rapto de su digna protegida; pues Páris pudo robarla á mansalva, y sin temor de que ninguno le incomodase en su retirada. De todos modos, ó ha variado mucho aquel suelo, ó Venus tuvo malísimo gusto en la eleccion de su principal residencia.

En Cérigo como en todas las demas islas de aquel archipiélago, la moneda mas corriente son los pesos columnarios españoles y mejicanos, y las medias coronas inglesas: las monedas de oro son muy raras; y á nosotros nos ha sucedido, sobre todo en las pequeñas islas, encontrarnos muy embarazados para cambiar un doble-napoleon (40 francos).

Antes de despedirnos de las islas jónicas no podemos dejar de mencionar la belleza de sus mujeres, entre las cuales se conserva aun si no en toda su pureza, al menos en gran parte aquel tipo primitivo de la belleza griega que tanto admiramos en las estatuas que animaron en tiempos mas felices los inspirados buriles de los Phidias y de los Praxiteles, y que forman al mismo tiempo las delicias y la desesperacion de los mas aventajados escultores de los tiempos modernos.

J. Heriberto GARCIA de QUEVEDO.

PARIS FISICO Y MORAL

estudiado durante la exposicion de 1855 por un español.

PRELIMINAR.

No esperen los lectores del Semanario que vayamos á hacerles la descripcion y pintura de los edificios, monumentos, calles, plazas y paseos de París. Líbrenos Dios de incurrir en la torpeza de publicar la milésima edicion de esas preciosidades, tan dignamente estudiadas y descritas por autores nacionales y extranjeros. Desde que *Fray Gerundio* publicó sus viajes; desde que *El Estudiante* imprimió su Guia, y desde que circulan en nuestro pais con mas profusion que *El Amigo de los niños* y el *Ripalda* las novelas de Sué, Balzac, Dumas y compañía, en las que casa por casa, piedra por piedra y arenilla por arenilla todo está rebuscado y descrito, fuera tarea impertinente, y por demas ociosa, el reproducir con torpeza y machacotería lo que otros con tanta exactitud como gracia han demostrado en sus obras.

Ademas que los franceses con ese espíritu de nacionalidad, que bien pudiera llamarse en muchas ocasiones de *nacionalería*, hace largos años se encargaron de dibujarnos, grabarnos, litografiarnos, cromatizarnos, daguerreotiparnos y galvanoplastiarnos cuanto de notable y maravilloso encierra la gran ciudad á que con una modestia sin ejemplo apellidan *la capital del mundo civilizado*.

¿Quereis, si no, lector, trasladaros en un vuelo á París?—Echad una ojeada sobre la envoltura del jabon con que os afeitais (si teneis barbas) ó con que aclarais vuestro cutis (si sois hermosa), y vereis el magnífico *boulevard de los Italianos*, de donde procede la susodicha mercancía; apartad con la cuchara la sopa que vais á comer, y distinguireis en el fondo de vuestro plato *El Arco de la Estrella;* mirad con detencion la caja de vuestros botones, y en una de sus faces encontrareis el *Hotel de Ville;* examinad vuestra petaca, vuestro baston, vuestro abanico, vuestra sombrilla en fin, y en cada espacio, en cada hueco hallareis un obelisco, una columna, una fuente; y en cada puño y cada mango, la *vera efigies* respectiva de tal hombre político ó escritor ó artista, de los que á centenares pululan por esa *patria del ingenio y la chispa*, que es como nosotros queremos llamarla.

No hagais, pues, un viaje á París si no habeis de hermanar el estudio de lo físico con el de lo moral; de lo que vive con lo que está muerto; de lo que se mira con los ojos de la cara, y de lo que solo se percibe con los de la razon. No hagais un viaje á París como lo hacen comunmente los extranjeros, para detenerse, alzar la vista y abrir la boca ante un almacen que despide luces como el sol, ante una fonda cuyo aspecto infunde tanta veneracion como una iglesia, ó ante un jardin que parece trasplantado de los maravillosos paises en que se representan las *Mil y una noches*. Entrad, por el contrario, en ese almacen y ved lo que se vende; pedid de comer en esa fonda y ved lo que se come; tomad entrada para ese jardin y ved lo que se baila; haced, en una palabra, lo que nosotros hemos hecho para borronear estos cuadros, mas nutridos de pequeñeces, frusleríias é imperceptibilidades, que de cosas portentosas y enormes. Y sobre todo, haced ese viaje y ese estudio en la época de la gran exhibicion de la industria; época clásica de los franceses; ocasion y lugar de todos sus alardes; punto céntrico á donde han hecho confluir todos los recursos de su travesura; inmenso teatro desde donde han representado la gran comedia que por espacio de medio siglo ensayaban: hacedlo, pues, ahora y si ya no es posible, seguid con la vista las líneas de este escrito, que si no con la escrupulosidad, talento y enseñanza con que vosotros personalmente lo hubieseis hecho, se ha redactado, al menos, con la detencion, verdad y truhanería de que el escaso entendimiento de su autor ha sido susceptible.

París se ha vuelto loco con su Exposicion de la Industria. Ni el sitio de Troya, ni el Diluvio universal, ni la Correccion gregoriana, ni todas esas cosas que entre el padre Petavio y otros amigos se encargan de recordarnos cada año en la primera página de nuestro almanaque, son ni han podido ser fecha tan célebre, punto histórico tan estudiable, portento de los siglos tan indescriptible como la fecha, el punto y el portento de la Exposicion universal de París. Y ahora que de almanaque hemos hablado, justo será decir, por lo que de comprobante tiene para nuestra idea, que el calendario francés del año pasado decia á su cabeza: «Calendario oficial del imperio francés, *para el año de la Exposicion*, 1855.»—¿A qué mejor razon de nuestras palabras?

Volvemos, por consiguiente, á repetirlo: París, nunca muy cuerdo, se ha vuelto completamente loco con su Exposicion universal de la Industria. Fuerza será seguir á París en su locura. La enajenacion de los grandes hombres es siempre mas variada y divertida que la de los entes vulgares; y París, aunque no un grande hombre, es un gran pueblo.

Dos partes abraza nuestro estudio: la primera comprende el París físico y moral que observamos antes de visitar la Exposicion; en la segunda se mencionan las consideraciones á que ha dado lugar la Exposicion misma para el viajero, para el curioso y para el crítico.—Nada de tecnológico ni académico en estas columnas, nada de filosofía ni de historia, nada de ciencia ni de arte: un poco de observacion, algo de exámen, y mucho de decir sobre todas las cosas lo que se ha venido al pico de nuestra pluma,

He aquí el trabajo que ofrecemos.

CUADRO PRIMERO.

Resúmen.—*Primeras impresiones del español en Francia.—Primeras impresiones de París.—Cosas que echa de menos.—Cosas que echa de mas.—Se baña, se afeita, se corta y se riza el pelo.—Busca habitacion y no la encuentra.—Va al teatro.—Va al café y toma chocolate.—No busca novia y la encuentra.*

I.

Cuando el carruaje toma un movimiento cómodo y tranquilo; cuando en las posadas se encuentra mesa abundante, pronta y limpia; cuando el viajero principia á dormir en buena cama; cuando deja de oir decir «no hay» por todo cuanto pregunta; cuando se sale de nuestra España, en fin, lo primero que experimenta el español, si es verdadero amante de su patria, pudoroso é hidalgo, es un sentimiento de vergüenza, de lástima y de indignacion.

Desde que pisa el suelo francés y ve por todas partes la comodidad, la pulcritud, la abundancia; respeto á la propiedad, á la persona, á las leyes; órden, administracion, justicia; poblaciones crecientes y prósperas á cada paso; grandes eriales metidos en cultivo; lagunas utilizadas, rios acanalados, caminos vecinales, carreteras, ferro-carriles, líneas telegráficas que se cruzan en todas direcciones; actividad y trabajo por do quiera; mil chimeneas que tocan á las nubes vomitando el humo denso y civilizador del carbon de piedra; cuando despues de haber atravesado en su pais cien leguas de desierto, de pereza, y de holganza; cien leguas de desgobierno y de inaccion; cien leguas de sueño y de letargo, toca luego desde el límite mismo de su patria otro pais que vive, se engrandece y ensancha artificiosamente, merced á la actividad de sus hijos y á la solicitud de sus go-

biernos, lo primero que experimenta, repetimos, es rubor, porque presume la burla que se nos hará constantemente; lástima, porque reflexiona los tesoros dormidos que se pierden y que nadie se adelanta á buscar; indignacion, en fin, cuando recuerda que en España no piensa ningun hombre de talento mas que en ser empleado ó en ser ministro.

Extasiado el viajero, admirado, asombrado de ver que es realizable todo lo cómodo y lo bello que soñaba respecto á las cosas de la vida, atraviesa la Francia en algunas horas á impulsos del vapor, llevando en su cabeza, como recuerdos de una noche de *fantasmagoría*, vistas de poblaciones, ciudades y campiñas en cada una de las cuales se convendria á vivir, y que le indican lo grande y portentoso del pais que se propone visitar.

Así las cosas, un agudo silbido de la máquina advierte que se apróxima á la gran ciudad moderna, á la Atenas del siglo de las luces: recoge su equipaje, se embute en un carromato de alquiler, y hételo á los pocos minutos en medio del torbellino y la agonía de un pueblo por demas industrioso que se lanza á servirle de cabeza, en expectativa de las primeras y siempre generosas dádivas del viajero.

Hé aquí la primera impresion del español en París: el ver divinizado el interés, el ver rendir un culto delirante y fanático al dios oro, sin que se omitan genuflexiones, cortesías, cantos gratulatorios y panegíricos, en cambio de las monedas que el hombre desprendido arroja con desden por excusar la abyeccion de sus semejantes.

Todos cuantos rodean en los primeros dias al viajero, se le declaran humildes servidores, siervos reconocidos, esclavos obedientes; y practican, en efecto, por cuenta del salario que se ajusta, cuanto de ridículo y verboso escribimos por fórmula al pié de nuestras cartas, y en el «Excmo. Sr.» de nuestros memoriales. Bien podeis tratar á los que os sirven con malos modos; bien podeis incomodaros por una frusleria y llamarles salvajes y perderles el respeto de hombres; que si vuestra paga anda lista, si vuestro desprendimiento es una verdad, á todos los insultos, vejámenes y provocaciones, os contestarán con un gesto de benevolencia, ó con perdones y excusas humillantes, que os causan tanta risa como desprecio.

Acostumbrado el español á llegar de noche á una de sus ciudades, por grande y populosa que sea, y hallarse sin parador donde detenerse, sin mozo que le lleve la carga y sin fonda donde hospedarse; acostumbrado á que el dueño de una casa, siquiera sea de huéspedes viajeros, conteste desde el fondo de sus colchones que está la puerta cerrada y no se puede abrir; acostumbrado á ver que donde le abren incomoda y fastidia, que donde hay cama y alcoba falta cena; acostumbrado á que si se queja le echen á la calle, ó á que si pide mas le digan que no hay; acostumbrado tambien á que si falta al respeto á su criado, este le pida una satisfaccion en el campo, si no le ha enseñado el puño de primeras; acostumbrado, decimos, á esa mezcla de bueno y malo, de digno y reprensible, de loable y absurdo que hay en nuestra España, pero que tan diferente es de lo de Francia, comienza á conocer que si ha visto un pueblo diverso por lo físico, es tambien muy diverso por lo moral.

París, y al decir París hablamos de la Francia en su mas genuina expresion, es un pueblo en el que todo está previsto y acordado; no puede decirse «¿dónde?», sin que contesten «aquí»; no puede preguntarse «¿cuándo?», sin escuchar «ahora.» Principiase á hacer, pues, desde el primer dia la vida material mas agradable que el sibarita pudo prever en sus ensueños. Cuanto se cambia por el dinero en el mundo, y sabido es que en el mundo muy poco deja de cambiarse por metal, todo lo hay á todas horas, en todos los lugares y á disposicion de todo el que lo compre. Mercado perenne, así de objetos materiales como de afecciones, amistades y sentimientos, lo mismo adquirireis un lacrimon que llore en vuestro entierro, que una sirena que os adore, ó una pipa turca para fumar. Todo es fácil, sencillo y axequible; hasta el hallar los medios de realizar tales milagros.

¿Quereis saber por qué?

II.

En París trabaja todo el mundo. El pobre en las faenas mas groseras, el de la clase media en la industria, el de claro talento en las artes, el rico en la fabricacion, el potentado en el comercio, el noble en perfeccionar los ramos del trabajo, el príncipe en el recreo y cultivo de lo que se inventa y analiza; todos bullen, todos progresan, todos se ocupan. Esta suma de ocupaciones y trabajo constituye la grande produccion, y la produccion en grande es la abundancia.

Examinad ahora ciertas pequeñeces de que el observador curioso se apercibe con solo recorrer las calles de París.

Un español echa de menos en Francia, desde el primer dia, esa caterva de ganapanes que invade las aceras de nuestras poblaciones con el nombre de mozos de cuerda; y esta falta es tanto mas sensible, cuanto que se ve embarazado con sus compras sin hallar fácilmente quien se las conduzca á su casa. Y ¿por qué esta omision tan importante?

Mientras está un hombre parado en una esquina, dicen los franceses, puede hallarse en el pescante de un omnibus, dirigiendo dos caballos y conduciendo veinte pasajeros (ninguno lleva menos), con veinte cargas ademas: esos pasajeros cargados podian pagar á razon de diez cuartos cada uno, con lo cual hay bastante para mantener al hombre y á las bestias, para resarcirse del capital empleado y para reembolsar una buena ganancia; al paso que producen al transeunte mayor comodidad, mayor presteza, y la ventaja de ser conducido á la vez. Existe pues el hombre; las artes se encargan del carruaje, la industria proporciona las bestias, el capital adquiere todo esto, y á la vez que la mercancía y el transeunte van cómodamente por solo diez cuartos á su casa, marchan tambien unidos la fabricacion, la industria y el comercio, con el ahorro de brazos y de holganza. — Hé aquí por qué no se encuentran en París ni en otras capitales de Francia, tan pequeñas como la mayor parte de las nuestras, esos tagarotes de esquina, con sus brazos tan robustos como inútiles. — Si por un sistema semejante se moviesen los tres mil asturianos (quizá mas) que en Madrid retozan por las calles aguardando una peseta para conducir un melon, no habria ciertamente tal distancia entre Madrid y París como la que hay.

Otra cosa que el español echa de menos en la corte de Francia, aunque á decir verdad maldito lo que le importa, es esa procesion sempiterna de muebles y trebejos de casa que los habitantes de Madrid sacan á todas horas para trasportarse y trasportarlos de un punto á otro. — Con ser Madrid la octava parte de París, cuenta sin duda otro tanto mas de carros de trasporte para el movimiento continuo de la poblacion, lo cual da una diferencia de sesenta y ocho por ciento en movilidad. Y ¿qué revela esto?

La gran mayoría de los habitantes de Madrid no se ocupa de nada de provecho. Constituyenla empleados con destino que por consiguiente no trabajan: empleados cesantes que se entretienen en no haber trabajado; y aspirantes á empleos que invierten su desidia en ver de qué manera no trabajarán: de aquí el hallarse á todas horas familias con los trastos á cuestas, variando de vivienda como de camisa, porque entra por mucho en los recreos, el de cambiar el panorama de los balcones.

En París sucede lo contrario: ocupado todo el mundo en trabajar, cada familia necesita un crédito y una clientela; esta clientela y este crédito se adquieren en algun lugar; y una vez alcanzados este lugar de donde parte el crédito y á donde refluye la clientela, el vecino tiene un gran interés en no mudarse; las leyes le protegen la perpetuidad, y es muy comun que el hombre muera en la misma casa en que nació. Por eso el español que recorre á París, y entre el sinnúmero de carros de trasporte que le interceptan su marcha á cada momento, no ve asomar la silla desvencijada, ni el mortero enmohecido, extraña que los franceses lo muden y trasladen todo, menos sus personas y sus trastos.

Obsérvase tambien la desaparicion absoluta de tablillas y rótulos pintados (donde tantos y tan diversos hay) que anun-

cien, como en Madrid se nota en cada puerta, *agencia de préstamos y empeños*. ¿Es acaso que en París no hay miseria ni desgracia? ¿No se toma dinero prestado? ¿No se empeñan *alhajas* y *ropas en buen uso*?

Lo que en París no se acostumbra, es á establecer como base de comercio la desgracia del pueblo menesteroso. En Francia y en París se ha pensado primero en comerciar con la riqueza pública que con la desgracia privada. Si no hay gran caridad, *no* hay tampoco una criminal é inicua explotacion. — Reservado el negocio de los préstamos y empeños á la administracion civil, esta ha cuidado de establecer en cada barrio una sucursal siempre abierta, *en donde* por un interés insignificante se socorre la desgracia de cuantos llegan, á veces con perjuicio del establecimiento. Tal y tan previsora institucion, de la que en España conservamos el *nombre*, pero no la *índole* ni la *forma*, al paso que alivia la miseria y proporciona respiro al infortunio, tiene cerradas las puertas por completo á la avaricia, para que esta no ejerza sus maldades con el infeliz que se priva de sus ropas para proporcionar alimento á su familia. — Nosotros mas católicos, mas caritativos, mejores en la esencia, pero gobernados siempre á nuestro gusto, esto es, como vaca sin cencerro, que dice el vulgo, *toleramos* el incalificable abuso de una usura valuada en cinco por ciento al mes (¡sesenta al año!) sobre ropas y alhajas tasadas en la tercera parte de su valor probable (¡ciento ochenta al año!), alhajas y ropas sin embargo que proceden del infeliz que no tiene que comer. — Por esto hay en Madrid en cada esquina una agencia de préstamos y empeños con su rótulo pintado: por lo otro no se encuentra en París ni una siquiera.

Pero al paso que vamos, y si en discurrir de tal manera nos entretenemos, cosa será de convertir estas páginas en artículo de fondo periodístico, cuyo fin y usos postreros nos espantan: abandonemos consideraciones lacrimosas, y volvamos á la hilacion de nuestro cuento. (*Continuará.*)

José de CASTRO y SERRANO.

Llamamos la atencion de nuestros suscritores, hácia el grabado que precede á este artículo; trabajo puramente español, y que prueba, que en nuestro país hay quien haga las cosas con perfeccion y conciencia, cuando se procura poner los medios necesarios para ello.

En la primera entrega de la obra que con el título de El Drama de 1793 está publicando D. Fernando Gaspar, hay varios como este, bastantes para dar una idea muy aventajada de su autor el Sr. Rico, que con una ejecucion esmerada y concienzuda, ha querido probar la ninguna razon de los pesimistas al decir que en España no pueden hacerse obras de mérito en todas clases de artes.

La estampacion, hábil y esmerada, no deja nada que desear, y el Sr. Gaspar merece nuestros sinceros elogios por haber emprendido la publicacion de una obra, que honrará la tipografía española, como honraria la de cualquier nacion, puesto que en el extranjero no se hace un grabado en madera mejor que el á que aludimos.

Estos elogios merecidísimos son tanto mas imparciales, cuanto que no conocemos ni aun de vista al Sr. Gaspar, ni con el señor Rico nos unen mas relaciones que el haberle encargado algunas obras.

Hemos publicado el grabado en nuestras columnas porque apreciamos el mérito de la obra, y para aprovechar la ocasion de unir nuestra voz á la de los artistas, que han solicitado se prohiba la introduccion de los *clichés* extranjeros, ó *al menos*, se les imponga en los nuevos aranceles un derecho regulador.

De ese modo nuestros periódicos tendrian que echar mano de artistas españoles, y los que como el Sr. Rico valgan, ocuparian el puesto que á su mérito corresponde.

NOSTALGIA.

POR

D. Antonio de Trueba.

Las páginas que vamos á escribir no constituirán una novela ni de tal tendrán pretensiones. Tendránlas sí de un cuadro de costumbres fielmente copiado del natural, mérito que nadie podrá negarles, ya que no pueda concedérseles otro. Si las calificásemos de novela, diríase, con sobrada razon, que hacíamos novelas sin piés ni cabeza.

Como sabemos muy bien que de cada cien lectores los noventa buscan asuntos graves, mirando con soberano desden los asuntos triviales, debemos advertir, para que nadie malgaste el tiempo, que estas páginas no estan acordes con el gusto dominante en la *grave* sociedad actual.

Los que pertenezcan, pues, á la *inmensa* mayoría de la sociedad actual, no pierdan tiempo en leernos, porque al fin y al cabo nos han de abandonar con cara de vinagre. Y verdaderamente tendrán razon para ello: el héroe de nuestra narracion es un pobre niño que se muere de tristeza lejos de su patria y su familia, y..... ¡bah! ¡quién hace caso de niños!

Los niños son hombres *pequeños* y *débiles*, y en el siglo XIX los que merecen historias y epopeyas son los hombres *grandes*, y el interesarse por los *débiles* estaria muy en su lugar allá en tiempo de la andante caballería, cuando un hombre con mas barbas que su padre y mas muertes de moro sobre su conciencia que Ruy-Diaz de Vivar, vertia la lágrima tan gorda y no se hartaba de dar tajos y lanzadas por una dueña dolorida.

Es verdad que Cristo era amigo de los niños; pero ¿qué tienen de comun con Cristo los hombres del siglo XIX? Cristo era el hombre del Evangelio, y la *inmensa* mayoría de nuestros lectores son los hombres de Fourrier y de Proudhon. ¡El Evangelio! ¡Un libro en que se dice que todos los hombres son hermanos! ¡Un libro en que se manda dar al César lo que es del César! ¡Un libro en que se ensalza á los pobres de espíritu y á los ricos de corazon! ¡Un libro en que se insulta á la lógica y al sentido comun llamando bienaventurados á los que lloran y á los que creen! ¡Bah! es cosa convenida que el hombre del Evangelio no sabia lo que se pescaba. ¡Como que por meterse á redentor le crucificaron!

Pero volvamos á nuestro cálculo. Si de cada cien lectores los noventa buscan asuntos *graves*, diez debe haber que no desdeñen los asuntos *triviales*, y para esos diez escribimos estas páginas. Esos diez no encontrarán en ellas *piés* ni *cabeza*, pero tal vez encontrarán *corazon*. Esos diez serán los que no conocen á Proudhon ni á Fourrier, y sí solo el Evangelio; esos diez serán los pobres de espíritu y los ricos de corazon, únicos á quienes puede interesar un pobre niño que se muere de tristeza lejos de su patria y su familia; únicos que pueden recorrer, sin poner cara de vinagre, unas páginas en que se trata de un niño que llora, que tiene frio, que tiene hambre, que tiene sueño, que lleva uno que otro torniscon como á todos nos ha sucedido cuando niños.

¡Pero vamos á nuestro cuento, que en verdad tiene mucho de historia!

II.

Nuestro cuento empieza el 10 de noviembre de 1836.

Hacia en Madrid un frio cruelísimo: el dia anterior habia nevado, y antes que la nieve se derritiese en las calles, habia sobrevenido una escarcha muy fuerte, lo que, unido á un cierzo sutil y glacial que soplaba de la parte de Guadarrama, daba á la temperatura de nuestra insigne villa el carácter de la temperatura de una poblacion de Siberia.

D. Juan de Quijano, rico banquero que habitaba en la calle de Toledo; estaba en su despacho, situado en el piso bajo de la casa, con su sobrino D. Lucas, y en una pieza inmediata trabajaban en silencio colocados en sendos bufetes dos dependientes dedicados á la contabilidad y la correspondencia. El despacho del banquero tenia una ventanilla con vidriera que daba á la oficina general, y por donde tio y sobrino miraban con frecuencia, cuidando que los dependientes atendiesen cada cual á su negocio, frase de que se valia D. Lucas para reconvenirlos cada vez que los oia hablar de cosas extrañas á los asuntos comerciales de la casa.

D. Juan era un hombre como de cincuenta años, colorado, robusto, de nariz prolongada y de pulcra y disimulada peluca, tan disimulada que sus dependientes no hubieran notado que la gastaba á no ser por las bachillerías de su mujer Doña Juana que en sus frecuentes reyertas se lo echaba en cara llamándole *tio peluca*.

D. Lucas tendria de veintiocho á treinta años: su estatura era poco mas que la de un perro sentado, y nada habia en su cara ni en sus palabras que revelase genio ni bondad de corazon. Sin embargo, su tio toleraba sus defectos y hasta le queria, porque hacia muchos años que estaba en la casa, y podia decirse que era quien llevaba el peso de esta.

— Tio, dijo D. Lucas á D. Juan alzando la vista á un reloj colocado en la pared, frente al bufete del banquero, no se descuide V. si ha de ir á la bolsa, que van á dar las dos.

— Me parece que lo dejaré por hoy, contestó D. Juan. ¿Quién ha de salir de casa con un dia tan cruel? Anda, que en muriéndome yo, campana por gaita. Ademas no tardará en llegar el chico y tengo ganas de verle. Me dice mi hermano Martin que el dia 1.° salió de allá en la galera de Chomin, y segun mi cuenta debe llegar hoy. Mejor seria mandar á Rosendo á la posada.

— Ande V., tio, que el vendrá si es de ley.

— El pobre debe venir aterido.

— No se apure V., que no es digno de compasion el que viene á comer buen pan y buena carne en Madrid, en vez de comer buen maiz y buenas patatas en su pueblo.

— Sin embargo, estoy seguro de que querria mas encontrar hoy al bajar de la galera la cocina de sus padres con su escaño y su excelente fuego rodeado de manzanas puestas á asar, que no esta habitacion con sus lujosos muebles y su chimenea francesa.

— ¿Con que le parece á V. que le dediquemos á recados y á la compra?

— No creo que sus padres le envien á Madrid para que desempeñe tan humilde destino. Hay que colocarle en el escritorio para que se vaya instruyendo poco á poco.

— ¡Poco á poco! Verá V. como le hago yo saber mas que Merlin antes de un mes. La letra con sangre entra, tio.

— No soy de tu parecer, Lucas. Cuidado con que le toques al pelo de la ropa; no suceda con él lo que con otros, que á fuerza de maltratarlos los entonteciste y hubo que hacerlos volver al pais.

Iba D. Lucas á tomar la defensa de su bárbaro sistema de educacion, cuando sonó la campanilla del recibimiento, y tio y sobrino callaron, aplicando el oido hácia aquel sitio.

— ¡Ahí está! exclamaron ambos á la par al oir en el recibimiento la voz del que habia llamado que saludaba al criado que habia salido á abrir.

— Señor, dijo este con cierta sonrisa, presentándose en la puerta del despacho, ahí está Chomin con el *rocin-venido*.

D. Juan frunció el entrecejo como descontento de que el criado se hubiese permitido usar el necio equivoquillo que hemos puesto en bastardilla, al paso que D. Lucas soltó una ruidosa carcajada, celebrando la gracia de Rosendo, que era un asturiano tonto con pretensiones de *pillo*.

— Que pase, contestó D. Juan.

Y en efecto, Chomin, que era uno de los ordinarios de las provincias Vascongadas, apareció en el despacho acompañado de un niño de doce á trece años.

III.

No se habia equivocado D. Juan al suponer que aquella pobre criatura llegaba muerta de frio.

Angel, que así se llamaba el nuevo dependiente de los señores Quijano y sobrino, estaba tiritando de frio: sus manos y su cara estaban amoratadas y sus ojos indicaban que la noche anterior mas bien que cerrarse al sueño se habian abierto al llanto. El pobre niño se quedó á la puerta del despacho con la gorrita en la mano, inclinada la cabeza como cortado, y con dificultad pudo articular un torpe saludo.

— Con que aquí tener VV. mutil, dijo Chomin, despues de los saludos de ordenanza. Desde que pasar puertos no parar de llorar. Acordarse mutil de sus cabras y sus vacas de Vizcaya y yo decirle que en despabilando unos cuantas panecillos de Madrid que son muy blancas no volverse á acordar del *artoa* de su tierra.

D. Lucas se acercó á Angel y le dijo pasándole la mano por la cabeza:

—Vamos, hombre, ¿con que qué tal te parece Madrid? ¿Te gusta mas que tu pueblo?

—No señor, contestó el niño con los ojos arrasados de lágrimas.

—¡Bien, hombre, bien! exclamó D. Juan echándose á reir y haciendo una mera caricia al niño. Así deben ser los hombres: la mejor tierra es aquella en que uno ha nacido.

—Sí, sí, ríase V., tio, dijo D. Lucas haciendo un gesto de enojo; ríase V. de la sandez de ese bruto, ¡Vaya, que el muchacho promete! ¡Como hay Dios, tenemos buena mano para echar pollos!

—Andar V., señor D. Lucas, dijo el ordinario, que mutil despabilar con unos cuantas zurriagazos al dia.

—Sí, así le iremos desasnando, contestó D. Lucas.

—Hombres, no sean VV. majaderos, replicó D. Juan. Qué ha de hacer el niño sino acordarse de sus padres *si nunca se ha* separado de ellos. Con que vamos, añadió dirigiéndose á Angel, ¿traes gana de comer?

—No señor, contestó el niño deshaciéndose en lágrimas.

—Vamos, no llores, le dijo D. Juan; acércate á la chimenea y caliéntate hasta que sea hora de comer, que luego tomarás posesion de tu destino y verás cómo antes de un año te haces un verdadero comerciante.

El niño se acercó á la chimenea con la gorra en la mano; pero como las lágrimas le cegaban, tropezó con una silla y cayó al suelo derribando unos papeles que estaban sobre aquella.

—¡Torpe! ¿no ves? exclamó D. Lucas cogiéndole del brazo y levantándole con violencia.

Una reaccion inesperada se verificó en aquel instante en el ánimo del niño. El que un momento antes apenas se atrevia á alzar la vista ni articular una palabra, alzó la frente con altivez y dijo á D. Lucas con desembarazo:

—Puede V. echarme de su casa, pero no maltratarme. Aquí *me ultrajan y en mi pueblo me lloran*. ¿Cómo quiere V. que me guste mas esta tierra que la mia?

(*Continuará*).

LA GIRA.

ORILLAS DEL GUADARRAMA.

¿A dónde va la inquieta carabana
de Narcisos y ninfas bulliciosas
que así se apresta y á partir se afana
ceñidos á la sien nardos y rosas?
Mirad ya parte y la campiña gana
del sol las iras sin temer furiosas.
¡Nereidas de las verdes espesuras
celos os van á dar sus hermosuras!

Vedlas en muchedumbre prolongada,
al son de alegres cantos populares,
coronar de una senda recortada
los secos y arenosos valladares;
ved cuál surcan en gárrula bandada
cruzando entre viñedos y olivares
cual bandada de tímidas palomas,
de aquellas navas las tostadas lomas.

Sotos floridos de la orilla amena
del turbio y perezoso Guadarrama,
que filtrando sus aguas entre arena
en menudos arroyos se derrama;
alamedas sombrías que en cadena
ceñísle un eslabon en cada rama,
toldo les prevenid bajo el follaje
de vuestro espeso y mugidor ramaje.

Vuestra alfombra les dad, frescos egidos
tapizados de juncos y espadañas,
do brotan con la hiedra entretejidos
verdes carrizos y amarillas cañas.
Vosotros, arenales guarnecidos
del musgo que les roba á sus montañas
esa escasa y pacífica coriente,
lágrima de los ojos de aquel puente:

Sea alcalifa de sus plantas bellas
vuestro guijo menudo y esponjado,
que en vuestra húmeda faz tan leves huellas
nunca mas lindos pies han estampado:
vuestros sargazos al pisarlos ellas,
su tallo elevarán ya prosternado;
y al asomar del rio hasta las cauces
con ronco arrullo aplaudirán los sauces.

Ya llegan, sí; los pálidos tarayos
mecen alegres ya las ramas sumas
de sus copas que el sol baña en sus rayos
dorado tornasol dando á sus plumas;
de los verdes llorones los desmayos
baten de los arroyos las espumas,
y las trenzadas aguas trasparentes
duplican el rumor de sus corrientes.

Negros endrinos, ásperos zarzales
que separais las lindes convecinas,
setos de madreselvas y rosales,
zarzamoras y acacias peregrinas,
apartad de sus plantas virginales
de vuestros rudos tallos las espinas,
que ya en alegres grupos desbandadas
penetran en las frescas enramadas.

¡Cármen, Juana, Matilde! ¡amor tirano!
la ribera sus galas seductoras
en vano ostenta á vuestra vista; en vano
estas silvestres parras trepadoras
mecidas por el céfiro liviano,
con las hojas del álamo sonoras
chocan, y en sordo y zumbador arrullo
de las aguas se mezclan al murmullo.

En vano, *sí*, los pardos *ruiseñores*,
las verdes y amarillas filomenas,
de estas oscuras selvas trovadores
entonan sus amantes cantilenas,
solo de vuestros tiernos amadores
en las miradas descifrais las penas,
y entre frases de amor de dulces giros
solo escuchais sus lánguidos suspiros.

Idos en paz: los bosques de esta orilla
grutas tienen sombrías y apartadas
donde canta la ronca tortolilla
quejas con vuestras cuitas acordadas:
imágen os darán de fé sencilla
las hiedras á los olmos enlazadas,
y *album* en que escribir vuestras firmezas
de los troncos las húmedas cortezas.

¡Joaquina, de recuerdos seductores!
¡cuánto tu gracia realzó hechicera
el bello ramo aquel de incultas flores
que prendiste en tu blonda cabellera!
El otoño en botánicos primores
émulo de la hermosa primavera,
para prestarte tan gentil adorno

brotar las hizo de tu planta en torno.

Silvestres minutisas carmesíes;
bellosos y azulados anapelos;
énulas con estrías de rubíes
de sus blancas corolas en los velos;
digitales, rojizas y turquíes
símbolos de pasiones y desvelos....
¡qué ufanas que ostentaban su belleza
sobre el lindo perfil de tu cabeza!

¡Te vas!..... ¿y tú tambien, bella María,
la del negro lunar en la preciosa
garganta que á la nieve desafía?
Idos pues; ¡cuánto envidio la dichosa
suerte de aquellos, ay, á quienes fia
vuestra pupila su mirada ansiosa!
¡Oh! quién pudiera en amorosos duelos
la envidia que me dan pagar con celos.

Ved otra, bajo un sauce reclinada
presa de su dolor en cruda pena,
toda á tristes recuerdos entregada
y á toda alegre confusion ajena;
no temais si con mano apresurada
borra la cifra que escribió en la arena,
que en fé de una pasion honda, infinita
dentro del corazon la lleva escrita.

Vueltos al cielo los dolientes ojos,
de su tranquilo azul hermosa afrenta,
de sus penas los bárbaros enojos
con dulces ayes aplacar intenta,
y sonrien tal vez sus labios rojos
al placer del dolor que la atormenta
que amor sin esperanza es de tal suerte
que goza en el pesar y dá la muerte.

Venid á mí las cándidas corderas
indóciles aun de amor al yugo,
vosotras que ignorais las sañas fieras
de ese del corazon cruel verdugo;
sobre el verde tapiz que á estas praderas
presta la grama que rebosa en jugo,
al blando son del murmurar del rio
alegres acorred en torno mio.

Petra gentil, ¡tan niña y tan hermosa!
¿ves en las verdes parras columpiados,
los agrios tirsos de la vid frondosa,
por los rayos del sol aun no mimados?
Pronto, muy pronto de su luz dichosa,
de su vivo calor acariciados,
en dorados y diáfanos racimos
frutos al labrador darán opimos.

Pronto, pronto tambien, la niña bella
será hermosa mujer, y el albo seno
que hoy en contorno virginal descuella,
donde pulsa pacífico y sereno
el tierno corazon, bajo la huella
del primordial amor, de encanto lleno
palpitará agitado y conmovido;
¡feliz quien cause su primer latido!

¿Oís en lo interior de la enramada,
estrepitosa, cándida, inocente,
una alegre y sonora carcajada?
¡Ay Josefa feliz! ¡que eternamente
guarde para tí el cielo esa envidiada
alegría del alma, y que clemente
jamás amor con bárbaro quebranto
trueque tu risa en congojoso llanto!

Venid, danzad, mientras el sol declina
bajo estos enramados paramentos:
cantad si no, y al aura vespertina
acordes entregad vuestros acentos;
de la opuesta ribera en la colina
vuestros cantos en alas de los vientos
fieles devolverán en ecos dobles
del rudo Batres los ancianos robles.

Venid todas, venid; y en breves ruedas
las horas de la infancia recordadas,
resuenen estas vastas alamedas
con vuestra voz; ó en torno reclinadas;
mientras contemplo vuestras faces ledas,
para haceros reir á carcajadas
os contaré, si lo quereis, á cientos
los alegres romances y los cuentos.

¡Mas ved! ya toca el sol al horizonte
de la vecina sierra en la alta cumbre,
y del trémulo incendio en que arde el monte
flota en los aires la purpúrea lumbre;
la luz del moribundo Faetonte
irradiando de cielo la techumbre,
las nubes de su ocaso cortinajes
tornasola con vívidos celajes.

Deshaced esos círculos graciosos
en que danzais asidas de las manos
al son de los romances caprichosos
de los antiguos tiempos castellanos.
Venid, grupos de amantes perezosos,
que ya cubiertos de manjares sanos
esperan entre gayos mirabeles
tendidos en la yerba los manteles.

Reid, bebed; brindando á la hermosura
corra el campestre vaso el circuito,
mas..... ¡amantes! ¡pardiez, se me figura
que tambien el amor tiene apetito!
volved de la enramada á la espesura,
y si el poder de amor es infinito,
en banquetes allí de encantamientos
trinchad promesas y bebed alientos.

. . . . . .

Aun del sol al poniente en oro y grana
marca un tibio crepúsculo las huellas,
y ya del sonreir de la mañana
parodiando en oriente luces bellas
roja la luna se levanta ufana,
y tímidas se asoman las estrellas,
fuerza es partir, mas del pasado dia
conservad un recuerdo de alegría.

MARIANO Z. CAZURRO.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Neron desde una torre en Roma contemplaba el incendio de la ciudad eterna.

Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.